

Temple y en las calles de Rambuteau y de Beaubourg las barricadas, empezadas por la mañana, habían aumentado, siendo reforzadas. Cierta es que en estos puntos la represión no se hizo esperar. El general Herbillón, que mandaba las fuerzas del Hotel de Ville, se dirigió con el 9.º batallón de cazadores de infantería y una batería de artillería al sitio de la sedición y allanó todos los obstáculos que encontró a su paso.

Más tarde, habiéndose reconstruido las barricadas en la calle de Beaubourg, el coronel Chapuis, con un batallón del 3.º de línea, practicó durante las primeras horas de la noche un nuevo reconocimiento. Otra vez fueron vencidos los obstáculos, pero no sin resistencia; la tropa tuvo que sostener un fuego muy nutrido: tomadas las barricadas, varios de los que las defendían fueron fusilados allí mismo (1).

Los individuos del *Comité de resistencia*, siempre acosados y siempre errantes, habían recogido en el fondo de sus respectivos asilos los diversos rumores que corrían por la ciudad. Se habían reunido cerca de las cinco en casa de Landrin, calle de los Molinos, y volvieron a reunirse más tarde en casa de Marie. Habían redactado diversos decretos que destituían a Luis Napoleón, concedían los honores del Panteón a Baudin, suprimían los fieltos de consumos y levantaban el estado de sitio. Seguía reinando el desacuerdo entre ellos, pues unos excitaban a una lucha a todo trance y los otros sólo querían hacer el vacío en torno del presidente y esperar (2). En medio de aquellas deliberaciones confusas habían llegado las noticias más favorables. Aquellas noticias, que contrastaban con las de la víspera, habían hecho renacer la esperanza en los corazones. La ilusión mediante, algunos se abandonaron casi a la idea de un próximo triunfo (3). Mientras tanto, el poder concertaba sus medidas para vencer el día siguiente la resistencia que se anunciaba.

## IV

En la noche del 3 de diciembre, a la misma hora en que los miembros del comité insurreccional se abandonaban a una esperanza efímera, el general hacía evacuar todos los puestos de escasa importancia y daba orden a todos los regimientos de que volvieran a sus cuarteles. «Entrego París a los insurrectos, escribía al prefecto de policía; deo a éstos que levanten barricadas, pero si mañana los encuentro defendiéndolas, les daré una lección. Es preciso que esto acabe y que la capital recobre su seguridad. Mañana todos los grupos serán disueltos por la fuerza y las barricadas destruidas a cañonazos.» Y como el Sr. de Maupás temiera los peligros de una retirada tan completa é insistiera para que algunas tropas guardasen los barrios del centro, el general en jefe respondió: «Vuestros ruegos no hacen cambiar en lo más mínimo mi determinación. Las tropas estarán en sus po-

(1) El general Magnán, *Parte sobre los acontecimientos de diciembre de 1851*.—M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, páginas 438 y 439.

(2) Victor Hugo, *Histoire d'un crime*, tomo I, págs. 257 y siguientes.

(3) «El 3 de diciembre, desde las siete hasta media noche, había recobrado yo toda mi esperanza.» (Javier Durieu, *Le coup de Etat de Louis Bonaparte*, pág. 36.)

siciones de combate a las diez, antes no; quiero que descansen, y sobre todo quiero dar a la insurrección tiempo para que se desarrolle, si a ello se atreve, pues este es el único medio de acabar con ella (4).»

Este plan, en el que con tan resuelta obstinación se empeñaba el general Magnán, no era nuevo en la historia de nuestras luchas civiles; en 1848 Cavaignac no había procedido de otra manera, respondiendo a las objeciones de la comisión ejecutiva del mismo modo que el general Magnán al Sr. de Maupás. «No quiero fatigar a mis soldados ni que se enerven en largas esperas.» Cierta que la resistencia parcial y las hostilidades indecisas del 3 de diciembre no podían compararse con la terrible guerra civil de 1848; pero toda sedición que se prolonga, por este solo hecho adquiere fuerzas. ¿Qué sucedería si una legión de la guardia nacional llegaba a tomar las armas, si se quebrantaba la fidelidad de un destacamento, si al fin despertaba en aquellas almas embotadas el sentimiento de la legalidad? La prudencia aconsejaba una represión enérgica; y este fué el criterio que, según parece, se adoptó en un consejo celebrado en el Elíseo a una hora bastante avanzada de la noche.

Al día siguiente, 4 de diciembre, cuando la capital se despertó había desaparecido, pues, el aparato de fuerza pública, tan formidable en los días anteriores: ni aun en los barrios más trabajados por los fautores de la resistencia se veía un pelotón de caballería ó un destacamento de infantería, y únicamente varias patrullas de guardias municipales recorrían las calles y se esforzaban, con más celo que éxito, en llevar a cabo algunas detenciones. Los autores del golpe de Estado, tan vigilantes hasta entonces, ¿habrían renunciado a sus propósitos? Así habría podido creerse si una proclama del prefecto de policía, fijada desde primera hora, no hubiese dejado presentir las próximas represiones. «Habitantes de París, decía el Sr. de Maupás, hay medidas que la seguridad pública impone... El estado de sitio está decretado y ha llegado el momento de aplicar sus rigurosas consecuencias.» A estas palabras seguía un bando prohibiendo la circulación de los carruajes públicos ó partculares y anunciando que todos los grupos serían disueltos sin intimación previa. «Los ciudadanos pacíficos deben quedarse en sus casas, añadía el prefecto de policía con significativa insistencia; pues sería peligroso contravenir las disposiciones decretadas.»

Aun siendo tan clara esta advertencia, los jefes de la sedición, envalentonados por la engañadora inactividad del poder, redoblaron sus esfuerzos para arrastrar a las masas hasta entonces impasibles ó indiferentes. En el trozo comprendido entre el bulevar, la calle de Montmartre, la de Rambuteau y la del Temple levantáronse barricadas en mayor número y sobre todo más sólidas que la víspera, siendo las más importantes las construídas en la calle de San Dionisio, en la del Petit-Carreau, en la de Rambuteau y en la de Montorgueil. También se formaron en la calle de Tiquetonne, en la de los Jeuneurs, en la de Transnonain, en la de Aumaire y en la de Greneta, y más allá de la línea de los bulevares se levantaron algunas en las inmediaciones de la quinta alcaldía y hasta cerca de las orillas del Canal de San

(4) Cartas del general Magnán al Sr. de Maupás. (M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, págs. 447 y 448.)

Martín. Las requisas domiciliarias proporcionaron armas y los mismos que se resistían a bajar a la calle entregaban su fusil en señal de buena voluntad. En realidad, el número de combatientes activos era poco considerable, no habiendo pasado, según los cálculos más fidedignos, de mil a mil doscientos; pero todos eran intrépidos y resueltos.

Dieron las diez, hora que el general Magnán había fijado en sus despachos al Sr. de Maupás para poner en movimiento las tropas, y sin embargo no apareció ningún regimiento; y como aquella inacción fortalecía las esperanzas, el número de barricadas aumentó y hasta se llegó a comenzar algunas a pocos metros de la puerta de San Dionisio y por el lado del teatro del Gimnasio. La alcaldía del quinto distrito fué ocupada por los insurrectos; los guardias municipales, que en aquella hora eran todavía los únicos representantes de la fuerza pública, veíanse en todas partes atropellados, y los comisarios, tan sorprendidos como alarmados, pedían con urgencia refuerzos al prefecto de policía, quien desaprobaba tan prolongada contemporalización, y participando de los temores de sus agentes, apenas podía disimular sus inquietudes.

Hacia el mediodía la agitación se propagó por el bulevar de Montmartre y por el de los italianos y llegó hasta los barrios más suntuosos de la capital. En la esquina de la calle de Taitbout y en la encrucijada de la Calzada de Antín rehiciéronse los grupos que en la noche anterior habían sido dispersados y que se componían no tanto de hombres del pueblo como de jóvenes de porte elegante. Entre aquella multitud, más ruidosa que temible, circulaban las noticias falsas con más insistencia aún que la víspera: decíase que en Ruán la guarnición fraternizaba con el pueblo, que Lyon y Marsella habían decretado la destitución de Luis Napoleón, que el general Neumayer marchaba sobre París, que los generales Bedeau, Changarnier y Lamoricière habían sido libertados y se encontraban en el arrabal de San Antonio, y que el Tribunal Supremo estaba en sesión permanente en Versalles. Estos rumores eran acogidos con ademanes de satisfacción y con aplausos, y de esta suerte con el pequeño grupo de combatientes que se apercebían a defenderse detrás de las barricadas mezclábanse los malévolos, los desocupados, los simples curiosos, masa compacta que el gobierno dejaba crecer intencionadamente, a fin de aplastarla con un solo golpe.

A cosa de la una, cuando la situación había llegado al punto que el poder deseaba, pusieron en movimiento las tropas, que habían podido reparar sus fuerzas con un largo descanso, y cuyo celo, según confesión de los propios historiadores más favorables al golpe de Estado, había sido estimulado por prodigalidades que se salían de lo ordinario (1). Además se les decía que habían de tomar el desquite de la humillante derrota del 24 de febrero, y esta idea, propalada con intencionada persistencia, había sobreexcitado a los soldados y sobre todo a los sargentos, hasta el punto de alterar sus habituales sentimientos de generosa moderación. El ejército de París se componía, como se recordará,

(1) Granier de Cassagnac, *Histoire de la présidence et du rétablissement de l'empire*, tomo II, pág. 431. M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 301.

de tres divisiones, la de Renault, la de Levasseur y la de Carrelet: la primera tenía a su cargo guardar la orilla izquierda, y como los barrios de aquel lado permanecían bastante tranquilos, su labor fué fácil; no así la de las otras dos, de Levasseur y Carrelet. Estas, formadas, la primera por las tres brigadas Herbillón, Marulaz y Courtigis, y la segunda por las cinco brigadas de Bourgón, Cotte, Canrobert, Reybell y Dulac, habían de describir, partiendo de puntos distintos, un movimiento convergente, aproximarse a los barrios centrales, rodearlos, envolverlos como en una red de hierro, penetrar en ellos en grandes masas, destruir todos los obstáculos y descorazonar, por medio de una represión implacable, toda resistencia ulterior. El efectivo considerable de las tropas, sus disposiciones morales, todo prometía un éxito rápido: «Que acepten los insurrectos francamente el combate, y tengo la seguridad de vencerlos en dos horas,» decía el general Magnán.

Nada retardó la ejecución de aquel plan. La brigada Bourgón, que bajaba del cuartel de la Nouvelle-France, fué la primera en desembocar en el bulevar por la calle del Arrabal Poissonnière, y torciendo a la izquierda, atacó de paso las barricadas de la calle de San Dionisio y despejó el bulevar hasta el Chateau d'Eau; poco después penetró en la calle del Temple y la despejó también, lo propio que las cercanas callejuelas hasta la calle de Rambuteau. En el entretanto, las brigadas Cotte y Canrobert, precedidas y seguidas por ocho escuadrones de lanceros de la brigada Reybell, formaban en columna cerrada en el bulevar de los Italianos y llegaban a su vez al bulevar Poissonnière. Una vez allí, el general Cotte lanzó uno de sus regimientos, el 72.º de línea, contra una barricada formidable construída en la calle de San Dionisio: la lucha fué seria y mortífera, muriendo el teniente coronel Loubeau, siendo herido el coronel Quilico y quedando fuera de combate de treinta a cuarenta hombres. La acción duró más de una hora, hasta que la llegada de un batallón del 15.º ligero, que acababa de tomar las barricadas de la calle del Petit-Carreau, puso fin a la resistencia y obligó a los sediciosos a emprender la retirada. En cuanto al general Canrobert, cuando hubo llegado al bulevar Poissonnière, dirigióse al arrabal San Martín, despejándolo hasta las inmediaciones del canal.

Para que la sumisión fuera completa, era preciso que los barrios del centro, foco de la insurrección, fuesen atacados no sólo por el Norte, es decir, por el lado del bulevar, sino también por el Este y por el Sur. Esta segunda parte del plan del general Magnán fué tan bien ejecutada como la primera. Los regimientos de la brigada Dulac, formados en columna cerrada en la punta de San Eustaquio, dejaron a cosa de las dos sus posiciones y despejaron la calle de Rambuteau; la brigada Herbillón, apostada en las Casas Consistoriales, penetró en la calle de Aumaire y en la de San Martín; la brigada Marulaz, situada en la plaza de la Bastilla, avanzó hasta la calle de San Dionisio; y finalmente, la brigada Courtigis, que venía de Vincennes, contuvo el movimiento del arrabal de San Antonio, que el día antes había permanecido impasible y comenzaba entonces a presentar cierta agitación. A las cinco quedaba vencida la resistencia: muchos insurrectos habían perecido, y los sobrevivientes, arrollados por todas partes, envuel-



tos por los batallones que de todos lados surgían, no tenían más recurso que huir ó esconderse.

Por la noche, sin embargo, algunos republicanos de entre los más decididos intentaron un último esfuerzo, y á las ocho, cuando las sombras envolvían desde hacía algunas horas la ciudad, salieron de los escondites en donde se habían ocultado después del descalabro de sus amigos, y procurando evitar el encuentro de las patrullas que recorrían la ciudad, trataron de reconstruir algunas barricadas en la calle de Montorgueil, apagando los faroles á fin de disimular sus trabajos. Entre estos combatientes de última hora estaba Dionisio Dussoubs, hermano del representante del Alto-Vienne, Gastón Dussoubs. El coronel del 51.º de línea Sr. de Lourmel, enterado de aquella tentativa suprema, envió inmediatamente á la calle de Montorgueil varias compañías escogidas al mando del comandante Jeannin. Las barricadas estaban defendidas por un centenar de hombres. Asegúrase que, al acercarse los soldados, Dussoubs se adelantó hacia ellos y con sus discursos quiso quebrantar su disciplina, y dícese también que el comandante, contristado por tanto derramamiento de sangre, le exhortó á que se retirara y á que renunciara á una inútil resistencia. Dussoubs volvió al lado de los suyos y, habiendo hecho fuego la tropa, cayó muerto (1). Después de una resistencia desesperada, las barricadas cayeron en poder del ejército; cuarenta insurrectos perdieron allí la vida; los demás fueron hechos prisioneros (2).

Luis Napoleón había triunfado, debiendo su victoria á la firmeza de su ejército. ¿Por qué se hace preciso añadir que la debía también á los implacables rigores de una represión sin cuartel? Un episodio doloroso, durante mucho tiempo ignorado y aun hoy envuelto en sombras, había señalado aquella jornada del 4 de diciembre. Las brigadas Cotte, Canrobert y Reybell, para llegar á su puesto de combate, es decir, á los barrios de San Dionisio y de San Martín, habían atravesado, entre dos y tres de la tarde, la larga línea de bulevares; numerosos paseantes ocupaban las aceras, y en algunos puntos los grupos eran tan compactos que casi imposibilitaban la circulación; además las ventanas estaban llenas de curiosos. Los sentimientos generales eran poco favorables al golpe de Estado, y de cuando en cuando se oían gritos de «viva la República! ¡viva la Constitución! ¡abajo los pretorianos!» Estos gritos malévolos irritaban á las tropas, á las cuales se les venía repitiendo desde hacía muchos meses que habían de vengarse del pueblo de París, y en el bulevar de los Italianos los lanceros habían dado ya una carga contra los grupos más hostiles (3). A las tres de la tarde ofanse el estampido del cañón y las descargas de fusilería hacia la puerta de San Dionisio: eran la brigada Bourgón y una parte de la brigada Cotte que, habiendo llegado á los barrios insurrectos, atacaban las barricadas. ¿Qué ocurrió en aquel instante entre los regimientos que todavía marchaban por los bulevares Montmartre y Poissonnière? ¿Salieron de las casas algunos disparos contra la tropa? Así debió ser seguramente, aunque la mayoría

(1) Schoelcher, *Les crimes de décembre*, tomo I, pág. 373.

(2) Magnán, *Rapport sur les événements de décembre de 1851*.

(3) De Mauduit, *Révolution militaire du 2 de décembre*, página 127 (edición de 1869).

de los inquilinos de las habitaciones sobre quienes recayeron sospechas protestaron de ello y aunque sus protestas fueron reconocidas como fundadas (4). Lo que sí es cierto desgraciadamente es que los soldados, exasperados por los gritos provocadores que hasta entonces se habían proferido contra ellos y en la creencia de que eran objeto de un ataque pérfido y premeditado, cediendo á uno de esos terrores pánicos tan comunes en las luchas callejeras, usiéronse de pronto á disparar á bulto sobre los paseantes, contra las puertas y contra las ventanas. Prodióse una confusión espantosa: los que paseaban precipitábanse en las tiendas ó se refugiaban en las calles laterales; los soldados con la terfía entraban en las casas, viendo por doquier enemigos y amenazando con exterminarlo todo, y hasta llegó á apuntarse un cañón contra el palacio Sallandrouze, en el bulevar Montmartre. Aquella fusilería, tan atroz como insensata, duró, según se dijo, cerca de un cuarto de hora (5). Por la noche se veían grandes charcos de sangre en los hoyos abiertos al pie de los árboles de los bulevares, y numerosos cadáveres yacían sobre el arroyo ó habían sido colocados debajo de los portales; delante del palacio Sallandrouze había veinticinco ó treinta. Aquellas víctimas, entre las cuales había una mujer, eran en su mayor parte curiosos inofensivos, gentes indefensas. A una hora avanzada de la noche todavía sonaban de cuando en cuando algunos tiros aislados, último testimonio de la ciega excitación de los soldados.

## V

Aquella represión rigurosa aterrorizó de tal modo los ánimos que todo deseo de resistencia quedó extinguido. Al día siguiente, 5 de diciembre, hubo todavía algunos conatos de barricadas, especialmente en la puerta Rochechouart, en la Croix-Rouge y en la capilla de San Dionisio; pero las tropas las tomaron sin tener que vencer grandes obstáculos. Innumerables patrullas recorrían la ciudad; en los barrios del centro las casas de las esquinas de las calles estaban ocupadas por granaderos prontos á hacer fuego á la más pequeña señal de hostilidad, y brigadas de obreros organizadas por la prefectura de policía procedían al arreglo del empedrado ó á la reparación de los aparadores perjudicados de las tiendas de los bulevares. Restablecida la circulación, los parisienses salieron de sus casas á eso del mediodía, encaminándose á los sitios que habían sido testigos de los últimos acontecimientos. El sentimiento que entre aquellas gentes predominaba era el de curiosidad; algunos, aunque pocos, manifestaban su aprobación; otros, en cambio, murmuraban contra aquel acto de fuerza que acababa de realizarse, pero las quejas eran escasas y se formulaban en voz baja, porque el aparato amenazador de la fuerza pública, las secciones de guardias municipales que dispersaban los grupos más inofensivos, las huellas sangrientas que se veían aún en ciertos sitios de los bulevares y el recuerdo bien reciente del duro castigo de la víspera, todo demostraba el peligro, no sólo de la rebelión armada, sino además de toda protesta expresada públicamente.

(4) Veanse *La Patria* del 9 de diciembre y *El Constitucional* de 6 y 7 de diciembre.

(5) Relato de M. Jesse (*Times*, 13 diciembre).

¿Cuál fué el número de muertos y heridos durante aquellas tres jornadas de diciembre? El ejército tuvo 25 de los primeros y 184 de los segundos (1); en cuanto á la población civil, las diversas cifras aducidas concuerdan tan poco unas con otras que es imposible llegar á un cómputo exacto. El prefecto de policía, en una relación presentada al presidente de la República en 15 de diciembre, hablaba de 183 muertos y 115 heridos: «Estas cifras oficiales é indiscutibles, decía aquél, son el resultado de las más minuciosas investigaciones (2).» Uno de los historiadores más favorables al golpe de Estado, que escribía casi á raíz de los sucesos, afirmó, por su parte, que el número de muertos era 191 y el de heridos 87: «Estos datos, decía, están tomados de un estado trazado por M. Trebuchet, jefe de la oficina de salubridad en la prefectura de policía (3).» Como podrá observar el lector, estos dos cálculos tomados de la misma fuente apenas difieren entre sí y podrían ser aceptados como expresión de la verdad á falta de otros elementos de información; pero un documento publicado ocho meses después desconcierta estas estimaciones: en efecto, el *Times*, que entonces acogía favorablemente los rumores hostiles á Luis Napoleón, creyó poder afirmar en su número de 28 de agosto de 1852 que en la catástrofe del bulevar habían sido muertas ó heridas 1.200 personas (4). El *Monitor* contestó en seguida á esta acusación en los siguientes términos: «Todo el mundo sabe que el recuento oficial fija el número de muertos durante la insurrección en 380... En cuanto á los heridos accidentalmente, apenas fueron ocho ó diez (5).» ¿De dónde sacó el *Monitor* estas cifras tan distintas de las presentadas por la prefectura de policía? En presencia de datos tan contradictorios, cualquiera afirmación sería temeraria. Mas sea cual fuere la verdad exacta, es cierto, por desgracia, que esa lista fúnebre se compone no sólo de insurrectos, sino además de curiosos inofensivos á quienes alcanzaron las balas de los fusiles tan ciegameute disparados por las tropas.

Si después de un desastre tan completo conservaron aún los republicanos alguna esperanza de desquite, debieron éstas quedar desvanecidas con las detenciones efectuadas al día siguiente, que introdujeron en sus filas la desorganización más absoluta. Periodistas, ex constituyentes, miembros de las sociedades secretas, todos cayeron en poder de la policía; según los testimonios menos tachables de sospechosos, el número de personas detenidas no tardó en exceder de dos mil (6), casi todos

(1) Parte del general Magnán sobre los acontecimientos de diciembre.—*Souvenirs du général Fleury*, tomo I, pág. 183.

(2) Relación del prefecto de policía sobre los acontecimientos de diciembre. (M. de Maupás, *Mémoires*, tomo I, pág. 509.)

(3) Meyer, *Histoire du 2 décembre*, pág. 170.

(4) *Times*, 28 de agosto de 1852.

(5) *Monitor* de 30 de agosto de 1852.

(6) En la fecha del 15 de diciembre las detenciones públicas ascendían, dice M. de Maupás, á 2.133 (*Mémoires*, tomo I, página 578).

demagogos, pues los demás partidos casi no dieron contingente alguno á la proscripción. En cuanto al *Comité de resistencia*, en tres días había cambiado diez y siete veces de asilo (7), habiendo celebrado, según se dice, su última sesión el día 6 de diciembre en la plaza de la Magdalena. En aquel supremo conciliábulo se examinó si quedaba todavía alguna probabilidad de triunfo, pero unánimemente se consideró imposible en adelante la resistencia, separándose después de esto todos los asistentes al acto para no pensar más que en su propia salvación.

Cuando quedó restablecida la paz en París, el general Saint-Arnaud, en una proclama á los soldados, les dió solemnemente las gracias por haber «preservado al país de la anarquía y del saqueo» y además, añadía el ministro, por haber *salvado la República*. El general Lavostine, á quien recientemente se había confiado el mando de la guardia nacional y que no había desempeñado otro papel que el de mantenerla en la inacción, creyóse también por su parte obligado á dar las gracias á las legiones «por haber supeditado el impulso de su patriotismo á la obediencia que se les pedía.» Por último, el presidente, en un manifiesto dirigido á los franceses, se felicitó del restablecimiento de la paz pública, teniendo, sin embargo, muy buen cuidado de decir que la nación sería consultada y que él respetaría, fuese cual fuere, la decisión del pueblo.

¿Cuál sería esa decisión del pueblo? Todo hacía prever que el país, tanto por el cansancio que en él producen los pasados disturbios, cuanto por imposibilidad de encontrar otra solución, se entregaría á su nuevo amo; sin embargo, reinaba cierta incertidumbre. En efecto, los amigos del príncipe tenían motivos para temer, no que el sufragio universal rechazara el poder nuevo, sino que sólo lo consagrara á medias; y podía temerse sobre todo que, como consecuencia de las muchas abstenciones, el régimen del 2 de diciembre pareciera más bien soportado que aceptado. En aquella ocasión, si no peligrosa, por lo menos delicada, la suerte no abandonó á Luis Napoleón; la fortuna se mostró entonces tan propicia á engrandecerle como implacable más adelante en rebajarle. El 6 de diciembre comenzaron á circular por la capital extraños rumores; decíase que en el centro y en el Mediodía los socialistas, al tener noticia del golpe de Estado, se habían sublevado; hablábase de expoliaciones, de ciudades entregadas al saqueo, de hordas que recorrían los campos, de asesinatos cometidos con inauditos refinamientos; y desgraciadamente aquellos rumores eran fundados. A esta *insurrección provincial* dedicaremos el último libro de esta historia; que bien merece ser narrada bajo un doble concepto: primero, porque es uno de los episodios más curiosos y más lamentables de nuestros fastos revolucionarios, y segundo, porque aseguró y completó el triunfo de Bonaparte, arrojando á sus brazos, como á los de un salvador, á las masas inquietas y azoradas.

(7) Victor Hugo, *Histoire d'un crime*, tomo II, pág. 12.